



## **El papel de los laicos según el Papa Benedicto XVI: de colaboradores del sacerdote a corresponsables en la Iglesia**

Dra. María Esther Gómez

### **Introducción**

Estimadas autoridades religiosas y académicas.

Agradezco la invitación a participar en este encuentro chileno de Católicos y Vida Pública 2011, muy especialmente por el tema que se me ha pedido tratar, que corresponde además al lema del presente encuentro, que me es particularmente querido, y además por la óptica desde la que lo abordaré, que es la de Ratzinger / Papa Benedicto XVI.

Hablaré desde mi doble condición de cristiana laica y como estudiosa del pensamiento de Joseph Ratzinger, al que me dedico desde hace unos meses de forma intensiva.

Al respecto, y como introducción metodológica, debo decir que en su obra encontramos dos tratamientos distintos del tema, uno más propiamente doctrinal y otro de tipo más pastoral. Gran parte de su pensamiento como teólogo pertenece al primer tipo, mientras que como sucesor de Pedro, predomina la orientación pastoral. A su vez, sus reflexiones teológicas se sistematizan en torno a documentos eclesiales o a cuestiones o vivencias eclesiales de importancia; así, encontramos, por un lado, sus comentarios o referencias a los documentos emanados del Vaticano II, entre los que destaca el Decreto sobre la actividad apostólica de los fieles laicos en la Iglesia, *Apostolicam Actuositatem*, o la exhortación postsinodal de Juan Pablo II, *Christi fidelis laici*, que siguió al Sínodo celebrado el 1987 sobre los laicos y, por otro lado, sus propios documentos elaborados como prefecto de la Congregación de la Fe. El tono pastoral en su magisterio papel y desde la responsabilidad de su cargo, toma forma de llamadas y exhortaciones a una vida verdaderamente cristiana, es decir, según el Evangelio de Cristo.

### **1 Disyuntiva esencial: ser o no ser**

El punto de partida sobre los laicos y su misión en el mundo y en la Iglesia según el Santo Padre Benedicto XVI quiere ser, como él mismo hace muy a menudo en su enseñanza, el de una disyuntiva que nos situará frente a un hecho inapelable. Nos suministrará además los fundamentos de nuestra reflexión posterior en la medida en que la misión de algo o de alguien se comprende a partir de su identidad.

Pues bien, el Santo Padre Benedicto XVI pone al hombre de hoy frente a una disyuntiva: no es lo mismo conocer a Cristo y dejarse alcanzar y transformar por Él que no conocerlo; es decir,  
-no es lo mismo ser salvado de la esclavitud del pecado que vivir bajo su dominio;  
-no es lo mismo saberse amado desinteresadamente y sin méritos como un hijo miembro de una familia, por muy oscuro que sea nuestro pasado, que vernos en la existencia como un "ser arrojado" por el

destino, sin más lazos que los de la competencia mutua que no dejan lugar a las relaciones desinteresadas y de verdadera amistad;

-no es lo mismo recibir y hacer crecer las semillas de la fe, la esperanza y la caridad que vivir sin ellas, sin confianza, juzgados por la limitada justicia humana e incapaces de salir totalmente del egoísmo del amor propio;

-pues por la fe se completa el conocimiento natural, limitado y a veces erróneo, al permitirnos descubrir la existencia de un Dios Padre que nos regala la existencia y vela amorosamente por nosotros, lo cual nos hace vivir la confianza en la Providencia divina y la certeza de que "todo se transforma en bien para los que aman a Dios", incluso lo humanamente negativo;

-pues por la esperanza tenemos la certeza absoluta de que el amor, que es más fuerte que el mal, ha vencido a la muerte, dando así respuesta a la eterna pregunta sobre el más allá; dando un sentido a los sufrimientos de la vida desde el amor de Dios y sus promesas; y es la esperanza la que nos hace esperar un perdón de nuestros pecados que nos permite volver a empezar, no siete veces sino hasta setenta veces siete y nos da la fuerza para perdonar a otros;

-pues por la caridad bebemos de la misma fuente del amor verdadero, que nos ama no por nuestros méritos personales sino por su infinita gratuidad y su absoluta fidelidad a sí mismo, el único que puede hacernos verdaderamente felices y que nos capacita para amar a los demás antes que a nosotros mismos, y poner en práctica tantas obras de caridad que alivian el sufrimiento y las miserias de muchos hermanos nuestros;

-es decir, que no es lo mismo recibir la gracia del Bautismo, como don y como tarea, que no recibirla. No es lo mismo, no es indiferente ser bautizado que no serlo. El Bautismo, según señala el mismo Ratzinger, es un "renacer"<sup>1</sup> que transforma nuestro ser, que nos hace algo que antes no éramos: hijos en el Hijo, miembros de la familia de Dios y, por tanto, herederos de sus promesas –ya en la tierra y de forma definitiva en el cielo. La consecuencia lógica de este regalo, recibido además sin méritos por nuestra parte, no puede ser más que la de una profunda gratitud y alegría por el don recibido y no, como a veces se pinta, una tremenda carga o, por lo menos, una "lata". Que la fe produce esta alegría es algo que el Santo Padre repite innumerables veces, y que ha sido desde siempre la música de fondo en sus escritos y discursos, como teólogo, Obispo o Cardenal. "Esta es la alegría, la alegría del Evangelio, que nadie nos puede quitar. Esta es la alegría que debemos anunciar en la nueva evangelización"<sup>2</sup>.

"El Bautismo es un adelanto del Sí de Dios y con ello del Sí de un amor más fuerte que la muerte. De un amor que justifica la vida, sea cual sea el futuro. Esto es el Bautismo. Evangelio, buena noticia de que hay un Sí sobre mi vida que permanece y que le da sentido. Y así deberíamos entender el bautismo en nuestra vida. Ser bautizado significa entrar en ese Sí de Dios que me precede y que me lleva. Y tal vida significa, entonces, entrar en la alegría que nadie puede quitar"<sup>3</sup>.

Hay, por tanto, una diferencia ontológica, esencial, que va más allá de la mera "etiqueta o acto social". Y esto es un hecho trascendente, definitivo que transforma la vida del bautizado y la distingue profundamente de la del no bautizado. Esta nueva vida o renacer del Bautismo no se pierde nunca

---

<sup>1</sup> "¿Qué significa realmente el Bautismo? ¿Qué significa estar bautizados?"

...Bautismo significa la entrada en un nuevo ámbito vital, el acceso a una nueva dimensión de la vida humana.

Bautismo es un volver a nacer. La Iglesia no es cualquier asociación en la que uno entra o de la que puede de nuevo salir. Lo que realmente sucede al hacernos cristianos toca la médula de la vida. Y por eso la aceptación en la Iglesia no puede hacerse de forma burocrática, a través de una cita o de una factura, sino que es necesario el sacramento en el que actúan conjuntamente cielo y tierra, los elementos de esta tierra, en el que está presente por un lado la historia de la búsqueda humana de Dios y por otro el encuentro de Dios con el hombre. Bautismo es un renacer". ("Taufe" / "Bautismo – Origen e indicador de la vida cristiana", Homilía con ocasión del centenario de la parroquia y de las bodas de plata sacerdotales del Párroco Alfons Hausmann, en St. Juan Bautista en München-Haidhausen, 24 de junio 1979; en *Gesammelte Schriften* 8/2, Herder, 2010, Freiburg im Breisgau, S. 1331). (Traducción Propia)

<sup>2</sup> Joseph Ratzinger, "Evangelizar y simplificar. Discurso en el Sínodo Extraordinario sobre Europa" (Enero 1992), en *Ser cristiano en la era neopagana*, Encuentro, Madrid, 1995, p. 189.

<sup>3</sup> "Bautismo...", *op. cit.*, p. 1331-2.

porque imprime un sello imborrable en la persona, es decir, le imprime carácter y está llamada a crecer y a dar frutos, cada vez más sabrosos, hasta llegar a la santidad, verdadera meta de la vida cristiana. Sin embargo, como sucede con cualquier realidad vital, su desarrollo y crecimiento exige constantes cuidados y atenciones. Y cuando faltan es difícil encontrar las manifestaciones de esa nueva vida recibida en el bautismo. Esto implica que los planes de Dios Padre se truncan en este o aquel hijo suyo, porque no ha alcanzado la plenitud –no sólo trascendente, sino también humana- a la que estaba llamado.

Pues bien, si es mejor ser bautizado que no serlo, entonces la conciencia de su valor junto a su adecuado cultivo genera el impulso de comunicarlo. Es una necesidad del corazón el transmitir a otros la belleza y la alegría de esta nueva vida que, cuanto más pujante es con mayor ardor mueve a comunicarla, a hacer partícipes a otros que no la poseen. A esto se le ha denominado "apostolado", es decir, el llevar a los demás la Buena Noticia del Evangelio.

En palabras de Benedicto XVI: "Nuestra respuesta es el anuncio del Dios amigo del hombre, que en Jesús se hizo prójimo de cada uno de nosotros. La transmisión de la fe es parte irrenunciable de la formación integral de la persona, porque en Jesucristo se cumple el proyecto de una vida realizada: como enseña el concilio Vaticano II, «el que sigue a Cristo, hombre perfecto, también se hace él mismo más hombre» (*Gaudium et Spes*, 41). El encuentro personal con Jesús es la clave para intuir la relevancia de Dios en la existencia cotidiana, el secreto para vivirla en la caridad fraterna, la condición para levantarse siempre después de las caídas y moverse a constante conversión"<sup>4</sup>.

La vivencia de la filiación conlleva necesariamente la de la fraternidad dentro de la familia de los hijos de Dios, por la que somos y nos sentimos Iglesia. Esta verdad juega en el magisterio del Papa Ratzinger un papel central a la hora de presentar no sólo la misión del cristiano sino la vocación de todo hombre a crear lazos de comunión, superando así la tendencia individualista al aislamiento y la búsqueda exclusiva del bien individual, consecuencia de la herida del pecado, entendida como separación, como ruptura –con Dios y con los otros<sup>5</sup>. La fuerza para superar tal ruptura y responder a nuestra vocación originaria la recibimos, pues, en el bautismo y exige, por nuestra parte, un compromiso constante que colabore con tal gracia.

"[...] El que nace de nuevo no está solo, sino que entra en la comunidad de aquellos que se transforman en hermanos de Jesucristo por medio de ese renacer; se une a la nueva familia del pueblo de Dios, de la Iglesia. El Bautismo implica no sólo una relación personal con Dios sino también con los demás, un estar y vivir juntos en la comunidad de los santos, en la Iglesia católica"<sup>6</sup>.

Así es como el Bautismo, y desde su mismo dinamismo interno, nos convierte en misioneros, pues con la recepción de la nueva vida, se nos adjudica también una tarea, una misión de la que somos responsables ante Dios: hacerla fructificar en nosotros y en los demás. Esta primera idea fue una de las grandes "herencias" del Concilio Vaticano II: todo bautizado, sea sacerdote, obispo, laico, monja, religioso, joven, anciano, hombre o mujer, es decir, todo bautizado, por el mero hecho de haber recibido el don del bautismo, está llamado a aspirar a la santidad de vida y a ser misionero del Evangelio. Cada uno de los

---

<sup>4</sup> Benedicto XVI, Discurso a la 61ª Asamblea General de la conferencia Episcopal Italiana, 27 mayo 2010.

<sup>5</sup> "La fe es, correspondientemente y desde su más íntima esencia, un "co-existir", fuera de aquel aislamiento de mi yo, que era su enfermedad. El acto de fe es apertura a la inmensidad, apertura de las barreras de mi subjetividad... el yo liberado, se encuentra en un yo mayor, nuevo. Pablo define como un "volver a nacer" este proceso de disolución del primer yo y de su nuevo despertar en un yo mayor. En este nuevo yo, hacia el que la fe me libera, me encuentro unido no sólo con Jesús, sino con todos aquellos que han recorrido el mismo camino. En otras palabras, la fe es necesariamente eclesial, vive y se mueve en el nosotros de la Iglesia, unida con el yo común de Jesucristo. En este nuevo sujeto se rompe el muro entre el yo y el otro; el muro que divide mi subjetividad de la objetividad del mundo y que me lo hace inaccesible, el muro entre mí y la profundidad del ser. En este nuevo sujeto yo estoy al mismo tiempo con Jesús, y todas las experiencias de la Iglesia me pertenecen también a mí, se han convertido en mías". (J. Ratzinger, *Mirar a Cristo*, Edicep, Valencia, 2005, p. 42)

<sup>6</sup> "Bautismo...", *op. cit.*, p. 1332.

hijos de Dios, estamos llamados a reproducir en nuestra vida los rasgos de "Cristo", a imitarle, es decir, a ser cristianos. ¿Todos? Sí, todos sin excepción. Pero este "vivir según Cristo" no ha de ser visto como una moral impuesta, sino como una vida que es consecuencia de lo que se es.

"... Ser bautizado significa también estar al amparo de los mandamientos de Dios y tomarlos como una gracia que se nos regala para ir por el buen camino. Viene al caso la frase del Papa León el Grande: "*Agnosce, o Christiane, dignitatem tuam*" –Cristiano, reconoce tu dignidad! Reconoce que posees la dignidad de pertenecer a la familia de Jesús y contéplalo no como una esclavitud sino como un regalo y un signo de la grandeza que posees al poder vivir del estilo interior de esta familia, al devolverle así al mundo su dignidad y al trazar los límites a la barbarie"<sup>7</sup>.

Ratzinger se sitúa así en un plano que atiende más al ser de las personas que a su actuar, que es la consecuencia del ser. *Operati sequitur esse* dicen los clásicos latinos, el actuar, el operar viene dado en función de lo que se es y no al revés. Esta óptica esencial y no funcional<sup>8</sup> es fundamental para nuestro tema, pues nos permite rasgar las apariencias y descubrir por la fe la dignidad de cada hijo de Dios—superando así una visión meramente humana —que juzga todo según los criterios de éxito, de fama, de apariencia o de poder. Más allá de lo exterior, todos, desde el Papa hasta el último bautizado, somos partícipes de la misma vida divina y, por tanto, de una misión común: dar gloria a Dios, es decir, ser santos.

Quizás alguno piense que eso de la santidad es para unos pocos que se pasan el día rezando o haciendo penitencia, que, como San Francisco, son capaces de besar a los leprosos o de ponerse en el lugar de los legionarios de galeras como San Vicente de Paul... Y, sin embargo, aunque ha habido santos que han hecho eso, la santidad no consiste en obras externas, sino que es la consecuencia de dar a Dios la prioridad en nuestra vida, de unirnos a su voluntad, de asemejarnos al Hijo en su confianza y abandono en el Padre, de vivir la fe, la esperanza y la caridad de forma cada vez más "cristiana", es decir, de amar a Dios sobre todas las cosas. Recientemente ha presentado a los jóvenes alemanes la santidad como el conservar la luz de la gracia santificante recibida en el bautismo y ha corregido las falsas caricaturas de los santos.

"Queridos amigos, muchas veces se ha caricaturizado la imagen de los santos y se los ha presentado de modo deformado, como si ser santos significase estar fuera de la realidad, ingenuos y sin alegría. A menudo, se piensa que un santo es sólo aquel que hace obras ascéticas y morales de altísimo nivel y que precisamente por ello se puede venerar, pero nunca imitar en la propia vida. Qué equivocada y decepcionante es esta opinión. No existe ningún santo, salvo la bienaventurada Virgen María, que no haya conocido el pecado y que nunca haya caído. Queridos amigos, Cristo no se interesa tanto por las veces que flaqueamos o caemos en la vida, sino por las veces que nosotros, con su ayuda, nos levantamos. No exige acciones extraordinarias, pero quiere que su luz brille en vosotros. No os llama porque sois buenos y perfectos, sino porque Él es bueno y quiere haceros amigos suyos. Sí, vosotros sois la luz del mundo, porque Jesús es vuestra luz. Vosotros sois cristianos, no porque hacéis cosas especiales y extraordinarias, sino porque Él, Cristo, es vuestra, nuestra vida. Vosotros sois santos, nosotros somos santos, si dejamos que su gracia actúe en nosotros"<sup>9</sup>.

La vida divina recibida en el Bautismo nos hace participar de la misión de Cristo como profetas, sacerdotes y reyes. Profetas para denunciar el mal y el pecado según el criterio de la verdad, sacerdotes

---

<sup>7</sup> *Idem*, p. 1333

<sup>8</sup> "La ética es consecuencia del ser: primero el Señor nos da un nuevo ser, este es el gran don; el ser precede al actuar y a este ser sigue luego el actuar, como una realidad orgánica, para que lo que somos podamos serlo también en nuestra actividad. Por lo tanto, demos gracias al Señor porque nos ha sacado del puro moralismo; no podemos obedecer a una ley que está frente a nosotros, pero debemos sólo actuar según nuestra nueva identidad. Por consiguiente, ya no es una obediencia, algo exterior, sino una realización del don del nuevo ser". (S.S. Benedicto XVI, Discurso a los seminaristas de Roma, 12 febrero 2010).

<sup>9</sup> S.S. Benedicto XVI, Vigilia de Oración, Feria de Friburgo, 24 septiembre 2011.

para ser puentes o mediadores entre Dios y los hombres y ofrecerle sacrificios espirituales, y reyes, miembros de la familia de Dios y herederos de su gloria. Más adelante abordaremos la diferencia entre el sacerdocio bautismal o común y el sacerdocio ministerial o sacramental.

## 2 Dinamismo de la fe

Admitido el hecho irrefutable de la fe transformante, veamos a continuación en qué consiste su dinámica interna. Distinguiremos para ello tres momentos esenciales en el desarrollo de la fe hacia su fin propio, la santidad.

2.1 El primer momento es el de la gracia de la fe. Es un don que se recibe, igual que se recibe la vida, como un don, pero que puede quedar infructuoso si se desconoce y no se potencia. Esta experiencia de la fe ha de ser real, es decir, hay que saberse, e incluso a veces hasta sentirse, tocado por Cristo en un encuentro personal con Él que me renueva. Es posible tal encuentro precisamente porque Cristo es una Persona y está viva. No es ni una idea ni un conjunto de normas morales, sino que es una Persona que ama y quiere ser amada, cosa que ha demostrado dando la vida por cada uno cuando aun estábamos enfrentados a él por el pecado, como dice San Pablo.

“Sí, queridos amigos, Dios nos ama. Ésta es la gran verdad de nuestra vida y que da sentido a todo lo demás. No somos fruto de la casualidad o la irracionalidad, sino que en el origen de nuestra existencia hay un proyecto de amor de Dios. Permanecer en su amor significa entonces vivir arraigados en la fe, porque la fe no es la simple aceptación de unas verdades abstractas, sino una relación íntima con Cristo que nos lleva a abrir nuestro corazón a este misterio de amor y a vivir como personas que se saben amadas por Dios”<sup>10</sup>.

Pues bien, esta experiencia debe ser actualizada constantemente para que las semillas sembradas en el corazón se transformen en frutos y sea posible una regeneración en la vida de la Iglesia y de la sociedad. Y ha de ser vivida en un doble ámbito: uno personal y otro comunitario, de Iglesia.

Este primer momento lo describe así Benedicto XVI: “El Señor nos da su amor, la gracia de ser cristianos, hermanos y hermanas suyos. Es una buena nueva que llena de alegría nuestra vida y que da seguridad a nuestro actuar: el Señor nos previene siempre con su bondad, y la bondad del Señor es siempre más grande que todos nuestros pecados”<sup>11</sup>.

¿Cómo puede propiciarse tal experiencia? Su origen hay que buscarlo en el Espíritu Santo, sin cuya inspiración, como dice San Pablo, nadie puede llamar a Jesús Señor (*1 Cor 12, 3*). Recibimos el Espíritu Santo en el Bautismo y de manera aún más plena en la Confirmación, pero siempre está actuando para acrecentar la fe o para despertarla cuando parece dormida. Y aunque cada experiencia es personal, hay algunas vías privilegiadas como la oración, la escucha de la Palabra de Dios, los sacramentos - especialmente la Eucaristía y Penitencia-, o ciertas experiencias que propician el encuentro a través de todo lo anterior, como pueden ser los retiros o Ejercicios Espirituales. Y como en los Encuentros de Católicos y Vida Pública los testimonios ocupan un papel destacado, quisiera aludir brevemente a mi vivencia en este punto.

Me bautizaron a la semana de nacer. Crecí en una familia cristiana y frecuentaba los sacramentos. También pasé por la típica crisis de la adolescencia por la que no encontraba mucho sentido a ir a Misa, pero iba, aunque por rutina. En esa situación estaba cuando participé en un campamento de formación y a continuación en unos Ejercicios Espirituales según el método ignaciano. Estas dos instancias pusieron frente a mí un Cristo al que conocía muy poco, pero que me demostró que me amaba, pues había muerto por mí y seguía actualizando esa entrega y esa salvación en cada sacramento. Fue un fuerte

---

<sup>10</sup> S.S. Benedicto XVI, Jornada Mundial de la Juventud (JMJ), Vigilia de Oración en Cuatro Vientos, Madrid, 20 agosto 2011.

<sup>11</sup> Audiencia General, Sala Pablo VI, Miércoles 7 de marzo de 2007.

remezón que me hizo ver que tenía que ser coherente y responder a tanto don recibido, que no podía vivir igual que alguien sin fe, que se me tenía que notar. Descubrí, ni más ni menos, eso de la vocación a la santidad. "Vaya, pensé, esto también es para mí". Tenía que comprometerme con Cristo y con su Madre, cuya mano maternal estuvo siempre presente.

Según el Papa: "[...] debemos comprometernos de manera coherente con el don recibido y responder al anuncio de la salvación con un camino generoso y valiente de conversión"<sup>12</sup>. Exhorta a descubrir "que vale la pena comprometerse por Dios y con Dios, responder a su llamada en las opciones fundamentales y en las cotidianas, incluso cuando cuesta"<sup>13</sup>.

Resumiendo este primer momento: "La fe es obediencia. La obediencia significa que conocemos la imagen esencial de nuestro ser –la criaturalidad-, con la cual llegamos a ser verdaderos. Significa que reconocemos la relación de responsabilidad como forma fundamental de nuestra vida [...]. Esta obediencia concierne a Dios mismo. Por una parte, presupone una relación vigilante y viva con Dios, y por la otra, hace que esta relación sea posible, puesto que sólo quien obedece percibe a Dios"<sup>14</sup>.

2.2 Lo anterior nos ha introducido en el segundo momento de la dinámica de la fe: el del crecimiento en el conocimiento y en la vivencia del ser hijo de Dios, es decir, responder a Dios dando pasos concretos en la vocación del bautizado a la santidad y al apostolado. Dicho con otras palabras, es tomarse en serio la tarea de la conversión<sup>15</sup>, es vivir unidad de vida. Para ello hay que crecer y formarse como hijos: frecuentar el trato con el Padre y el Hijo para aprender de ellos –sobre todo a través de la oración personal y comunitaria-, conocer las verdades de la fe, la doctrina del Evangelio –catequesis, lectura espiritual y de la Biblia, estudio del magisterio de la Iglesia y del Catecismo-, actuar según las indicaciones y gustos del Padre –lo cual implica vivir las exigencias morales del Evangelio haciendo vida los Mandamientos, pero como fruto del amor a Dios, y no por miedo al castigo o como mero moralismo-, practicar y adquirir progresivamente las virtudes humanas necesarias para ser capaces de responder a la vocación de hijos y practicar las virtudes sobrenaturales. En este camino es de gran ayuda la compañía de un guía o director espiritual. Este crecimiento implica, por supuesto, una actitud de lucha activa contra las tendencias al egoísmo, fuertemente asentadas en nuestra naturaleza herida por el pecado, y cierto ascetismo y austeridad contra un modelo de vida fácil y cómodo que hace del propio gusto la norma de conducta.

Según ha recordado en Madrid a los jóvenes: "Bien sabéis que, cuando no se camina al lado de Cristo, que nos guía, nos dispersamos por otras sendas, como la de nuestros propios impulsos ciegos y egoístas, la de propuestas halagadoras pero interesadas, engañosas y volubles, que dejan el vacío y la frustración tras de sí.

... la vida en plenitud [...] hacéla crecer con la gracia divina, generosamente y sin mediocridad, planteándoos seriamente la meta de la santidad. Y, ante nuestras flaquezas, que a veces nos abruman, contamos también con la misericordia del Señor, siempre dispuesto a darnos de nuevo la mano y que nos ofrece el perdón en el sacramento de la Penitencia"<sup>16</sup>.

Como bien señala el Papa, es en este momento, ante lo elevado de la meta y las limitadas fuerzas humanas, cuando se experimenta la necesidad de que la gracia de Dios venga en ayuda de nuestra debilidad. Esta participación de la vida divina que es la gracia se nos comunica principalmente a través de los sacramentos, de ahí el recurso frecuente a la Santa Misa y a la confesión<sup>17</sup>. Se percibe así con

---

<sup>12</sup> *Idem*.

<sup>13</sup> Discurso a los jóvenes de Turín, 2 mayo 2010.

<sup>14</sup> J. Ratzinger, "El poder de los cristianos", Discurso en Dresde, 1987, en *Ser cristiano en la era neopagana*, Encuentro, Madrid, 1995, p. 107-8.

<sup>15</sup> Cfr. la interesante y sugerente reflexión de Ratzinger, "La fe como conversión", en *Teoría de los Principios Teológicos*, Herder, Barcelona, 1985, pp. 63-76.

<sup>16</sup> S.S. Benedicto XVI, JMJ Discurso Plaza Cibeles, Madrid, 18 agosto 2011.

<sup>17</sup> "Vivid este encuentro con el amor de Cristo en una fuerte relación personal con él; vividlo en la Iglesia, ante todo en los sacramentos. Vividlo en la Eucaristía, en la que se hace presente su sacrificio: él

evidencia la necesidad de la Iglesia –como administradora y dispensadora de la gracia- y el sentido de pertenencia a la misma; Cristo y su Iglesia aparecen así en el horizonte ante los ojos del bautizado como dos realidades inseparables.

Como hemos visto, a medida que esta nueva vida se va desarrollando, ésta va impregnando inevitablemente toda la conducta, gestos, pensamientos y afectos de esta nueva vida de hijo<sup>18</sup> y, por supuesto, mueve a dar testimonio y a defenderla. Se abre así la etapa del apóstol, alimentada en la unión con Dios. La vida nueva deja de ser un lujo o un añadido para pasar a conformar la misma vida cotidiana. Todo lo humano es susceptible de ser vivido cristianamente, cualquier profesión o actividad debe aspirar a llevar el sello de los hijos de Dios. Y por eso la santidad aparece como una consecuencia de la unidad de vida, del compromiso bautismal vivido en toda su radicalidad.

“Esta alegría de conocer a Dios que se ha [...] revelado hasta lo íntimo de su ser, implica también la alegría del comunicar. [...] La misión no es algo añadido exteriormente a la fe, sino la dinámica misma de la fe. Quien ha visto, quien ha encontrado a Jesús, tiene que ir a decir a sus amigos: "Lo hemos encontrado, es Jesús, crucificado por nosotros".”<sup>19</sup>

No es otra la explicación de la rápida extensión de la fe cristiana en los primeros siglos de nuestra era. Sin apenas medios materiales y sin planificaciones estratégicas un grupo relativamente reducido de creyentes impregnó la sociedad del Imperio romano de la fe en Cristo. Y ello gracias a la vivencia de fe, sencilla pero coherente y fuertemente convincente, incluso hasta dar la vida como en el martirio si era necesario. “La invitación real de experiencia a experiencia, y no otra cosa, fue humanamente hablando la fuerza misionera de la antigua Iglesia. La comunidad de vida de la Iglesia invitaba a la participación en esta vida, en la que descubría la verdad con la que la misma vida se nutre. Y al contrario, la apostasía de la edad moderna se funda en la caída de la verificación de la fe en la vida de los cristianos. En esto se muestra la gran responsabilidad de los cristianos hoy día”<sup>20</sup>.

2. 3 Se abre ahora el tercer momento, el de las decisiones vitales, en el que cada cristiano descubre su vocación específica y personal, el papel que Dios quiere para él. Especialmente es la juventud el momento más idóneo para descubrir, a la luz de la voluntad de Dios, cuál es el camino concreto de santidad para cada uno, es decir, descubrir la propia vocación, a partir de la certeza de que “en el origen de nuestra existencia hay un proyecto de amor de Dios”<sup>21</sup>.

De ahí que el Papa no dude en “proponer a los jóvenes la medida alta y trascendente de la vida, entendida como vocación: que los llamados a la vida consagrada, al sacerdocio, al matrimonio, sepan

---

realmente entrega su Cuerpo y su Sangre por nosotros, para redimir los pecados de la humanidad, para que lleguemos a ser uno con él, para que aprendamos también nosotros la lógica del entregarse. Vivido en la Confesión, donde, ofreciéndonos su perdón, Jesús nos acoge con todas nuestras limitaciones para darnos un corazón nuevo, capaz de amar como él. Aprended a tener familiaridad con la Palabra de Dios, a meditarla, especialmente en la *lectio divina*, la lectura espiritual de la Biblia. Por último, sabed encontrar el amor de Cristo en el testimonio de caridad de la Iglesia” (Discurso a los jóvenes de Turín, 2 mayo 2010).

<sup>18</sup> “Todo creyente siente la necesidad de uniformarse a los sentimientos del corazón de Cristo para amar a Dios y al prójimo como Cristo mismo ama. Y todos nosotros podemos dejarnos transformar el corazón y aprender a amar como Cristo, en una familiaridad con él alimentada con la oración, con la meditación sobre la Palabra de Dios y con los sacramentos, sobre todo recibiendo frecuentemente y con devoción la sagrada Comunión. [...] Queridos, la Eucaristía es un extraordinario don de amor que Dios nos renueva continuamente para alimentar nuestro camino de fe, fortalecer nuestra esperanza, inflamar nuestra caridad, para hacernos cada vez más semejantes a él...” (S.S. Benedicto XVI, Audiencia 24 noviembre 2010).

<sup>19</sup> S.S. Benedicto XVI, “Lectio divina” con los Seminaristas de Roma, 12 febrero 2010.

<sup>20</sup> Ratzinger, *Mirar a Cristo*, Edicep, Valencia, 1990, p. 40.

<sup>21</sup> S.S. Benedicto XVI, JMJ Vigilia en Cuatro Vientos, Madrid, 20 agosto 2011.

responder con generosidad a la llamada del Señor, porque sólo así podrán captar lo que es esencial para cada uno<sup>22</sup>.

Siendo que todos los bautizados comparten la vocación común a la santidad que requiere de la gracia, el mismo Cristo eligió y sigue eligiendo a algunos para desempeñar en bien de todos el especialísimo servicio de actuar "in persona Christi" para santificar, enseñar y regir la comunidad de bautizados. La comunidad por sí misma no podría explicarse ni mantenerse sin la celebración de los sagrados misterios<sup>23</sup>. Así es como nace la vocación especial de los apóstoles –y de sus continuadores los Obispos y sacerdotes<sup>24</sup>- designados por el mismo Jesús para bautizar, perdonar los pecados en su nombre, celebrar el misterio pascual en liturgia sacramental, es decir, transmitir la vida divina. "Elegió a los que quiso" (Mc 3, 13), dicen los Evangelios, para llevar a cabo un especial servicio en bien del pueblo de Dios.

En el fondo de toda vocación resuenan ecos existenciales: "Existe el momento de la llamada, en la que está la decisión y entonces ella es más importante que todo lo que habíamos pensado y que en sí mismo es bastante razonable. Pero la razón de Jesús y su llamada tienen la prioridad: están primero"<sup>25</sup>.

A los jóvenes del mundo reunidos en Madrid dice: "os invito a pedir a Dios que os ayude a descubrir vuestra vocación en la sociedad y en la Iglesia y a perseverar en ella con alegría y fidelidad. Vale la pena acoger en nuestro interior la llamada de Cristo y seguir con valentía y generosidad el camino que él nos proponga"<sup>26</sup>.

La vocación viene de Dios, es por tanto un servicio realizado en espíritu de aceptación gozosa y agradecida de la elección de Dios, pero nunca un derecho ni una ocasión de crecer profesionalmente, y por eso no se cansa el Papa de insistir en esta gratuidad y prioridad de Dios al llamar. Pero sería otro error pensar que Dios sólo llamara al sacerdocio. Más bien todo lo contrario, pues cada uno es llamado a desempeñar su misión en la Iglesia. Toda misión procede de una llamada, razón por la cual "cada uno ejerce su ministerio según la vocación recibida"<sup>27</sup>. Veamos en primer lugar lo específico de la vocación sacerdotal, para a continuación considerar lo que caracteriza las otras vocaciones.

En una de sus Audiencias ha aludido Benedicto XVI a Clemente Romano. Este santo, tercer Papa de la historia, es el autor más antiguo que nos ha transmitido en su Carta a los cristianos de Corinto la diversidad de funciones existentes, a finales del siglo I, entre los sacerdotes y obispos y el resto de los cristianos. De esta manera aparece en la literatura cristiana el concepto de *laikós*, que significa "miembro del laos", es decir, del "pueblo de Dios".

---

<sup>22</sup> Discurso a la 61ª Asamblea General de la conferencia Episcopal Italiana, 27 mayo 2010.

<sup>23</sup> "Lo específico de la Iglesia no es que haya en ella personas simpáticas, lo cual, por otra parte, es deseable y sucederá siempre. Lo específico es su *exusiai*; a ella le han sido dados poder y fuerza para pronunciar las palabras de salvación y cumplir acciones de salvación de las que el hombre tiene necesidad, y para las cuales no tiene capacidad de realización por sí mismo [...] "Este es mi Cuerpo"; "Yo te perdono tus pecados" es algo que da miedo; ¡un hombre que puede ponerse en la boca el Yo de Dios!, y puede hacerlo por mérito del poder que el Señor le ha dado a la Iglesia [...]. Si estas palabras del poder que proviene de Dios ya no son más pronunciadas, y si no permanecen firmemente ancladas en su fundamento, el calor del pequeño grupo sirve para muy poco. Lo esencial se ha perdido y el grupo lo percibe rápidamente" (J. Ratzinger, "El poder de los cristianos", Discurso en Dresde, 1987, en *Ser cristiano en la era neopagana*, Encuentro, Madrid, 1995, p. 113)

<sup>24</sup> "... san Clemente explica claramente la doctrina de la sucesión apostólica. Las normas que la regulan derivan, en última instancia, de Dios mismo. El Padre envió a Jesucristo, quien a su vez mandó a los Apóstoles. Estos, luego, mandaron a los primeros jefes de las comunidades y establecieron que a ellos les sucedieran otros hombres dignos. Por tanto, todo procede "ordenadamente por voluntad de Dios" (42)" (S.S. Benedicto XVI, Audiencia 7 de marzo de 2007).

<sup>25</sup> J. Ratzinger, "Diener eurer Freude" (Servidor de vuestra alegría), II Meditation von "Sich hineingeben in Seinen Willen", *Gesammelte Schriften* 12, Herder, Freiburg im Breisgau, 2010, p. 479.

<sup>26</sup> S.S. Benedicto XVI, JMJ Vigilia Madrid 20 agosto 2011.

<sup>27</sup> J. Ratzinger, "Diener eurer Freude", *Idem*.

"[...] recuerda que el mismo Señor "estableció dónde y por quiénes quiere que se realicen los servicios litúrgicos, a fin de que, haciéndose todo santamente y con su beneplácito, sea acepto a su voluntad... En efecto, al sumo sacerdote le estaban encomendadas funciones litúrgicas propias; los sacerdotes ordinarios tenían asignado su lugar propio [...] mientras que el laico está sometido a los preceptos laicos" (*Carta a los Corintios*, 40, 1-5)<sup>28</sup>.

Según el Papa, esta distinción entre laicos y jerarquía no implica contraposición alguna, sino más bien "la conexión orgánica de un cuerpo, de un organismo, con sus diferentes funciones"<sup>29</sup>, todas ellas importantes y queridas por Dios. Es esta una visión en que la Iglesia continúa la misión del Hijo, enviado por el Padre, de ser instrumento de salvación para los hombres por medio de la acción del Espíritu Santo<sup>30</sup>. Así considerada, la Iglesia rompe los esquemas sociológicos y políticos con los que se la suele considerar, y pone de manifiesto que no es creación humana, sino don de Dios que antecede a nuestra acción. Por otro lado, se recalca que todos los miembros del Pueblo de Dios y del Cuerpo de Cristo son importantes pues cada uno tiene su propia misión.

El sacerdocio común propio de los bautizados es elevado en algunos al sacerdocio ministerial con el sello del sacramento del Orden sacerdotal, y ello única y exclusivamente para el servicio de los fieles y por voluntad divina. La complementariedad entre ambos sacerdocios, el ministerial y el común o laical, es un tema recurrente en Ratzinger, tanto como Cardenal como desde su ministerio petrino. Así lo trata, por ejemplo, al comentar las palabras de San Agustín acerca de la dignidad del sacerdote, el cual dice:

"Cuando me aterra lo que soy para vosotros, entonces me consuela lo que soy con vosotros. Para vosotros, en efecto, soy Obispo, con vosotros soy cristiano. Aquel es el nombre del cargo, éste es el de la gracia; aquel, el del peligro; éste, el de la salvación"<sup>31</sup>.

Ratzinger recalca, primero, que la salvación viene de la gracia recibida en el bautismo y no del encargo o cargo y su respectivo desempeño, lo cual le lleva a descubrir en la gracia el valor fundamental. Y en segundo lugar, el concepto del cargo lo entiende como de mera relación por lo que se valora y entiende no en sí mismo sino en función de los receptores del sacramento. De esta manera, el sacerdocio ministerial se explica únicamente desde y para el sacerdocio común, es decir, desde la vida divina recibida en el bautismo y para sostenerla e incrementarla.

"[...] se pone de manifiesto una verdadera teología del ministerio en la diferenciación de las funciones. [...] Me parece que aplica la misma reflexión que a la Unidad y distinción de las tres Personas en la Trinidad [...] naturalmente a otro nivel muy distinto. El ministerio es un concepto de relación. Visto desde sí y para sí mismo, cada cristiano es simplemente 'cristiano' y no puede llegar a ser nada más elevado. Se da la unidad y la inseparabilidad en la única vocación cristiana. "Ad se", en sí, cada uno es sólo cristiano, y esta es su dignidad. "Pro vobis", es decir, en relación a los otros, en cualquier caso es una relación irrefutable y que afecta al aludido en todo su ser, se transforma en portador del ministerio. Ministerio y relación son idénticos [...] El Obispo (y correspondientemente el presbítero) o es siempre "para vosotros" o no lo es en absoluto. Así, gracias a esta fórmula asentada en la teología trinitaria, se muestra claramente como la identidad común a todos del ser cristiano (el "sacerdocio común") y la realidad del ministerio específico existen conjuntamente"<sup>32</sup>.

---

<sup>28</sup> S.S. Benedicto XVI, Audiencia 7 de marzo de 2007, *Idem*.

<sup>29</sup> *Idem*.

<sup>30</sup> Cfr. J. Ratzinger, "Konzilaussagen über die Mission außerhalb des Missionsdekrets" ("Afirmaciones del Concilio sobre la Misión fuera del Decreto de la Misión"), en *Das neue Volk Gottes*, Patmos, Düsseldorf, 1969, p. 387.

<sup>31</sup> San Agustín, *Sermon* 340, 1: PL 38, 1483, citado en *Lumen Gentium* (Constitución conciliar del Vaticano II), 32.

<sup>32</sup> J. Ratzinger, "Zur Frage nach dem Sinn des priesterlichen Dienstes" (Sobre la cuestión del sentido del servicio sacerdotal), II.3: *Priester und Laie: Gesammelte Schriften* 12, *op. cit.*, p. 379. (Traducción Propia)

El sacerdocio común antecede, pues, ontológicamente al ministerial, que se pone al servicio del primero. Cada vez que el sacerdote celebra los sacramentos, cada bautizado toma parte en los mismos y recibe sus frutos. Así, el campo específico del sacerdote es la Iglesia al proporcionar los medios de la gracia para preparar el Reino de Dios, mientras que el del laico es el mundo y su misión consiste en colaborar para que el mundo sea una alabanza a Dios y un templo de su gloria. La liturgia sacramental se prolonga así en la alabanza que se eleva al cielo desde las realidades temporales –vivas según la vocación a la santidad.

Mientras que el sacerdote se define por su relación de servicio a los fieles no sucede lo mismo con el laico “pues vive en una red de relaciones mucho más amplia. Esta amplitud hace que tal vez no se logren definir bien sus deberes, pero justamente este minus de normas y de definición indica el plus de responsabilidades personales y de dinámica espontánea de la fe”<sup>33</sup> apunta el Cardenal Ratzinger tras el Sínodo de los laicos. De hecho, la “forma normal del ser cristiano”<sup>34</sup> es la laical y su apostolado propio es hacer presente el Evangelio en la vida cotidiana del mundo.

Es el mundo su ámbito propio de acción, mientras que el sacerdote, por su misma elección, al consagrarse al servicio de la liturgia de Dios, queda segregado del mundo. Por eso desde los inicios del cristianismo se reserva a los laicos la actividad social y política, impulsada y orientada por los ministros, con los que, en docilidad, mantienen una estrecha unión; sacerdotes y laicos actúan en el mundo y en la Iglesia al modo como arterias y venas riegan y vivifican el cuerpo entero hasta sus extremidades, que lo hacen gracias a la fuerza de la sangre bombeada por el corazón.

Con claridad afirma el Papa “la índole secular característica de los fieles laicos. El mundo, en el entramado de la vida familiar, laboral, social, es el lugar teológico, el ámbito y medio de realización de su vocación y misión (cfr *Christifideles laici*, 15-17). Cada ambiente, circunstancia, y actividad en el que se espera que pueda resplandecer la unidad entre la fe y la vida está confiado a la responsabilidad de los fieles laicos, movidos por el deseo de comunicar el don del encuentro con Cristo y la certeza de la dignidad de la persona humana”<sup>35</sup>.

Los fieles del pueblo de Dios pueden ser llamados a otras vocaciones: a la de una especial intimidad con Dios en la vida consagrada, anticipo de la vida del cielo, sea en la vida contemplativa<sup>36</sup> o en la vida activa, o a la de colaborar con Dios en la re-creación de nuevos hijos suyos en la formación de familias cristianas<sup>37</sup>.

---

<sup>33</sup> Balance del Sínodo de los laicos, 1987, en *Ser cristiano en la era neopagana*, p. 166.

<sup>34</sup> *Salz der Erde- Gott und die Welt*, Deutsche Verlags-Anstalt, München, 2006, p. 629

<sup>35</sup> S.S. Benedicto XVI, Discurso a la XXIII Asamblea Plenaria del consejo Pontificio para los Laicos, Vaticano, 15 noviembre, 2008.

<sup>36</sup> “Las mujeres y los hombres que se retiran para vivir en compañía de Dios, precisamente gracias a esta opción suya, adquieren un gran sentido de compasión por las penas y las debilidades de los demás. Amigas y amigos de Dios, disponen de una sabiduría que el mundo, del cual se alejan, no posee y, con amabilidad, la comparten con quienes llaman a su puerta. Pienso, por tanto, con admiración y reconocimiento, en los monasterios de clausura femeninos y masculinos que, hoy más que nunca, son oasis de paz y de esperanza, tesoro precioso para toda la Iglesia, especialmente a la hora de recordar el primado de Dios y la importancia de una oración constante e intensa para el camino de fe” (S.S. Benedicto XVI, Audiencia 1 diciembre 2010).

<sup>37</sup> “A muchos, el Señor los llama al matrimonio, en el que un hombre y una mujer, formando una sola carne (cf. Gn 2, 24), se realizan en una profunda vida de comunión. Es un horizonte luminoso y exigente a la vez. Un proyecto de amor verdadero que se renueva y ahonda cada día compartiendo alegrías y dificultades, y que se caracteriza por una entrega de la totalidad de la persona. Por eso, reconocer la belleza y bondad del matrimonio, significa ser conscientes de que solo un ámbito de fidelidad e indisolubilidad, así como de apertura al don divino de la vida, es el adecuado a la grandeza y dignidad del amor matrimonial” (Vigilia, Madrid, 20 agosto 2011).

No duda en afirmar que “los esposos cristianos pueden recorrer juntos un camino de santidad, sostenidos por la gracia del sacramento del Matrimonio. [...] Que el Espíritu del Señor suscite también hoy la

Y junto con descubrir la vocación al estado de vida, los fieles que permanecen en el mundo, normalmente afrontan una segunda elección, la de una profesión que les permita desarrollar al máximo sus potencialidades y colaborar con ella a su misión dentro de la Iglesia y de la sociedad. Es la vocación profesional.

Una última cuña experiencial. También me planteé en su momento qué quería Dios de mí: el estado de vida y la profesión. Lo recé, lo consulté y descubrí que, en mi caso, Dios me quería toda para Él, consagrada, pero en el mundo, sin perder mi condición laical testimoniando así la prioridad de Dios en medio de las realidades temporales. Desde esa misma condición, descubrí la necesidad de una adecuada formación para poder luego ayudar a formar a otros, especialmente jóvenes. Por eso estudié filosofía y me dediqué a su enseñanza. Y para realizar con mayor competencia esta misión, procuro seguir aprendiendo y creciendo en sabiduría. Por esa razón estoy ahora investigando la doctrina de Joseph Ratzinger en el Nuevo Círculo de Discípulos de Ratzinger / Papa Benedicto XVI.

Con esto ha quedado patente que cada bautizado da una respuesta personal a la misión que comparten con todos los bautizados, que esa misión, por lo tanto, no es responsabilidad exclusiva del Papa ni de los sacerdotes o las monjas, sino de todo cristiano, por lo tanto también lo es tuya y mía. Pero también se ha resaltado el origen gozoso de tal misión que es un don pero que depende en parte de nosotros el hacerlo crecer y desarrollarse en su dinámica propia. Ser consciente de tal don ya es un primer paso, pero no el único. Ayudará seguir reflexionando sobre la manera específica en que los laicos deben llevar a cabo su visión, en parte compartida con los sacerdotes y en parte exclusiva.

### **3 "Corresponsables de la misión" de la Iglesia: un "laicado maduro"**

#### **Salvando escollos**

Con lo señalado hasta ahora espero se hayan solucionado algunos de los errores más habituales en el tratamiento de este tema y que nos permitirán comprender la visión de Iglesia de Ratzinger.

Primer error: pensar que la Iglesia la componen exclusivamente los curas y las monjas y que el resto está de vacaciones. No confundamos la función con la vocación universal, que a todos nos toca. La imagen de la Iglesia como un cuerpo corrige este error, pues cada miembro vivo es también parte del cuerpo y por eso tiene una función que cumplir. La fe no es algo individual, sino que nos integra dentro de una comunidad, que solo funcionará si cada uno se hace responsable de lo que le toca, aunque sea muy sencillo. Por eso una Iglesia sin laicos responsables de su compromiso bautismal no puede cumplir la misión encomendada por su fundador. Es decir, yo, tú, cada uno de los bautizados, estamos llamados a ser misioneros, a transmitir con nuestra palabra y nuestra vida que Dios nos ama y nos ha salvado. No responder a esa misión sería una falta de responsabilidad. De ahí que el Papa llame repetidamente a los laicos a asumir esa misión dentro de la Iglesia cada vez con mayor plenitud, de forma corresponsable, siguiendo los pasos de su predecesor Pablo VI, quien en una alocución en Frascati, en octubre de 1963, acuñó la expresión "Es la hora de los laicos".

Si me permiten, creo que viene al caso ahondar brevemente en esta misión a partir de lo que es la catolicidad de la Iglesia. La Iglesia tiene una vocación universal, es decir, católica, debido a que administra los medios necesarios para la salvación de todo hombre y por los que se crea la verdadera unidad, perdida por el pecado que genera la división del egoísmo<sup>38</sup>. Esta universalidad de la Iglesia se

---

santidad de los esposos cristianos, para mostrar al mundo la belleza del matrimonio vivido según los valores del Evangelio: el amor, la ternura, la ayuda recíproca, la fecundidad en la generación y en la educación de los hijos, la apertura y la solidaridad hacia el mundo, la participación en la vida de la Iglesia" (Audiencia 27 octubre 2010).

<sup>38</sup> Frente al proyecto inicial de Dios de unirnos a todos en torno a Sí en el amor, el pecado aparece como fuente de división. El pecado –al negar su dependencia de Dios- hace que el hombre sólo se reconozca a

pone de manifiesto de forma visible en su mismo interior, pues se compone de "diversos estados: estado religioso, estado laical y el ministerio jerárquico, que hacen posible y realizan la unidad del organismo de la Iglesia"<sup>39</sup>. Pero también se manifiesta hacia afuera, pues, haciendo realidad la esencia misma del Hijo que no vive para sí sino para los demás, y desde su misma actitud de servicio, se pone a disposición de todos los hombres<sup>40</sup>.

Un segundo error consiste en pensar que la fe es algo tan íntimo y personal que no tendría manifestaciones externas. Falso, porque donde hay experiencia de fe se transforma la vida entera, no solo la familiar, sino también la del trabajo, los amigos, las diversiones, etc. Que vivir esta fe de forma coherente y comprometida no sea fácil es otra cuestión.

Al comentar el Decreto del Vaticano II sobre la misión de los laicos, *Apostolicam Actuositatem*, el entonces teólogo Joseph Ratzinger justifica la necesaria visibilidad de la fe a partir del carácter inherentemente dinámico de la fe recibida. Por un lado, lleva en sí en germen el reino de Dios y esta semilla impele a su instauración en cada momento de la historia, aunque su perfecto cumplimiento sólo se alcanzará en la vida futura. Por otro lado, las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad, sobre todo esta última, recibidas en el Bautismo, tienen un poder interno de reacción tal que dejarían de ser lo que son si no se comunican<sup>41</sup>. De la mano del Pseudo-Dionisio, recuerda el famoso principio de que "el bien es difusivo de sí". Dios es el Bien en persona y su mismo ser consiste en amar, en darse. Pero también la Iglesia, que vive del ser de Dios, puede existir sólo en la medida en que se difunde, se entrega, se trasciende a sí misma. En esto radica la dinámica interna que le hace ser fiel a sí misma en la misión: la difusión y entrega del mensaje recibido. Con una expresión con resonancias evangélicas, afirma que "La misión es expresión de la amistad de Dios"<sup>42</sup> a participar en el banquete de bodas. Tal invitación es el mayor servicio que la Iglesia está llamada a realizar, por misma voluntad divina, a través de todos sus miembros.

---

sí mismo y no tenga en cuenta a los demás. Ratzinger ve en la división de lenguas de la torre de Babel el mejor símbolo de esta división por la cual "el egoísmo ha roto los puentes del entendimiento". La salvación de Cristo, desde esta óptica, apunta a rehabilitar la unidad perdida de tal manera que los hombres puedan volver a ser miembros de la misma familia, de un mismo cuerpo, a partir de la reconciliación con Dios. El símbolo será el milagro de la mutua comprensión generado en Pentecostés. La misión de la Iglesia no es otra, por eso, que la de la historia de la salvación: el milagro de superar toda división que atomiza a los miembros de la familia humana. "De esta manera, en la misión se hace perfectamente visible lo que es la Iglesia: Servicio al misterio de la unidad, que Cristo quiso realizar en su cuerpo crucificado" ("Der Kirchenbegriff und die Frage nach der Gliederschaft in der Kirche" -"El concepto de Iglesia y la cuestión sobre sus miembros"), en *Das neue Volk Gottes, op. cit*, p. 104. (T.P.)

<sup>39</sup> "Konzilaussagen über die Mission außerhalb des Missionsdekrets" ("Afirmaciones del Concilio sobre la Misión fuera del Decreto de la Misión"), en *Das neue Volk Gottes, op. cit*, p. 382. (T.P.)

<sup>40</sup> "La Iglesia seguirá siendo fermento en la sociedad si los sacerdotes, las personas consagradas y los laicos que creen en Cristo, fieles a su vocación específica, colaboran juntos" (S.S. Benedicto XVI, Homilía 25 septiembre 2011, Friburgo de Brisgovia).

<sup>41</sup> J. Ratzinger, "Su visión dinámica del ser cristiano (quizás la afirmación más significativa del todo el texto) la funda en dos motivos: en la idea del reino de Dios y la gloria de Dios, que no representan simplemente un futuro lejano para la Iglesia sino un futuro que como tal se traduce en la tendencia que le hace avanzar, y en ese sentido, como todo verdadero futuro, son fuerzas actuantes en medio del presente. El otro móvil o motivo se encuentra en la idea de la fe, esperanza y caridad, especialmente en el obligatorio impulso que se eleva desde el amor por el que dejaría de ser lo que es si dejara de entregarse, de comunicarse. Así, la voluntad de "procurar la gloria de Dios por el advenimiento de su reino", debe estar activa en cada cristiano, y "por consiguiente se impone a todos los cristianos la obligación gloriosa de colaborar para que todos los hombres, en todo el mundo, conozcan y acepten el mensaje divino de salvación" (*Apostolicam Actuositatem*, 3)", "Konzilaussagen über die Mission außerhalb des Missionsdekrets", en *Das neue Volk Gottes, op. cit*, p. 389. (T.P.)

<sup>42</sup> „Kein Heil außerhalb der Kirche?“ (¿No hay salvación fuera de la Iglesia?), en *Das neue Volk Gottes, op. cit*, p. 361. (T.P.)

Pero para colaborar en ese proceso dinámico de la fe, hay que creer en su poder reactivo y salvador. Precisamente encuentra en la falta de una fe coherente y en el temor, que es su consecuencia, una de las causas de la inactividad de muchos cristianos. "Los cristianos tienen poca confianza en su propia visión de la realidad. En su piedad privada mantienen fielmente su fe, pero no se atreven a pensar y a admitir que ésta tiene algo que decir al hombre en su totalidad y que les puede proporcionar una visión de su futuro y de su historia. El conjunto de la Revelación, desde el pecado original hasta la redención, les parece tan irracional y poco realista, como para atreverse a presentarlo en una discusión pública"<sup>43</sup>.

"Perdón –puede interrumpir alguien-, pero sigue sin quedarme claro lo de la vocación. Yo siempre había pensado que la vocación la tenían sólo las monjas y los sacerdotes".

Como hemos visto, Dios, desde la creación, tiene un proyecto de amor para cada uno, y al recibirnos como hijos suyos, nos ha llamado por nuestro nombre y con ese nombre viene asignada una misión. La vivencia del ser criaturas de Dios lleva consigo lo que Ratzinger denomina una dependencia radical de Dios, al recibir de Él lo más importante: junto con la vida natural, nos llama a una vida divina, la del bautismo, la de la santidad, y cada uno ha de vivir esa santidad de una forma personal, única e irreplicable. Igual que no hay dos personas iguales, así tampoco hay dos vocaciones exactamente iguales, aunque posean rasgos comunes.

### **Misión del bautizado**

Pues bien, los laicos, impregnados de una fuerte vivencia de fe que les hace superar su egoísmo para adoptar la actitud de servicio y salir de sí mismos, han de realizar su especial contribución a la misión de todo bautizado, desde dos ámbitos: uno espiritual y otro temporal.

El fin del primero es evangelizar y santificar, es decir, anunciar el Evangelio y llevar la gracia de Cristo al hombre concreto, mientras que en el segundo persigue "permear y perfeccionar el orden de las realidades seculares con el espíritu evangélico"<sup>44</sup>. La estrecha colaboración laico sacerdote se presenta con claridad en este primer ámbito, sobre todo en la práctica de los sacramentos y en la preparación para su recepción, donde los laicos pueden realizar una labor inestimable. Las catequesis, y el servicio del ministerio de la palabra y de la comunión –respetando la acción propia del sacerdote-, es uno de estos ámbitos, que podríamos denominar "institucionalizado". La organización de misiones u obras de caridad, tan extendidas en nuestros países, podrían pertenecer a este primer tipo de acción misionera espiritual organizada. Pero queda abierto un inmenso campo para la acción misionera "no institucionalizada" cuyo criterio sería el que Juan Pablo II llamó la "imaginación de la caridad"<sup>45</sup>, realizado con un "corazón abierto que se deja conmover por el amor a Cristo y así presta al prójimo más que un servicio: amor"<sup>46</sup>.

No duda en reconocer que "Son cada vez más numerosos los laicos que parten hacia los países de misión para colaborar allí según su preparación profesional y sus talentos, y al mismo tiempo para dar un testimonio de amor cristiano a los habitantes de las regiones más pobres del mundo. Es una actividad digna de admiración y de reconocimiento"<sup>47</sup>.

El cauce privilegiado para llevarlo a cabo ha sido y seguirá siendo el del testimonio de una vida impregnada por los criterios y las virtudes evangélicas en cualquier ámbito y actividad, al que debe acompañar, siempre que sea posible, el anuncio explícito de la alegría del Evangelio.

---

<sup>43</sup> "Libertad y liberación", Conferencia en Lima, Centro de Orientación Religiosa, Pontificia Universidad Católica de Lima, 1987, p. 10.

<sup>44</sup> Cfr. *Apostolicam actuositatem*, n. 5; *Instrucción sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes*, 1997, Congregación para el Clero, Premisa.

<sup>45</sup> Juan Pablo II, *Tertio Milenio Ineunte*, n.50.

<sup>46</sup> S.S.Benedicto XVI, Homilía 25 septiembre 2011, Friburgo.

<sup>47</sup> Discurso al tercer grupo de Obispos polacos en visita "Ad limina", 17 diciembre 2005.

El segundo campo de acción, que es el específicamente suyo, pide del laico una gran coherencia de vida para impregnar el ambiente que le rodea y actividad que desempeñe de la visión cristiana, pues también la unidad que logra la salvación atañe al orden temporal y lo renueva. Al asumir Dios la naturaleza humana, nada de lo humano permanece indiferente, por eso se requiere una orientación activa de todos los campos seculares hacia Dios, como su fin último. El orden temporal incluiría el mundo de la familia, la cultura, la economía, artes y todas las profesiones, la comunidad política y las relaciones internacionales, así como todas las instancias generadas en la sociedad. Aquí el apostolado es, en su mayor parte, no institucionalizado, debido a su complejidad y su extensión, y sus protagonistas son los laicos. La imagen evangélica que mejor retrata este campo de misión es el de la levadura que, desde dentro, hace fermentar la masa. El cristiano inmerso en las realidades temporales está llamado a hacerlas fermentar por medio de su presencia reactiva.

Tal reactividad es, por cierto, incompatible con la comodidad del no complicarse la vida o con la pusilanimidad o miedo de ir contra corriente cuando sea necesario. Como levadura reactiva –la del espíritu de las bienaventuranzas<sup>48</sup>– el fiel laico debe dar testimonio de la prioridad de los bienes divinos sobre los materiales viviendo en su vida una cierta austeridad que no se doblega a la sociedad de consumo ni a la de la imagen social y que cumple además con sus obligaciones ciudadanas. Da testimonio además a través del descanso dominical necesario para dar a Dios lo que es de Dios; de la atención y cuidado a los mayores, de la prioridad de la vida familiar frente al trabajo y prestigio profesional que tanto esclaviza, del correcto uso del tiempo de ocio en diversiones sanas que no degradan a las personas, de una honradez que denuncia toda mentira, abuso o mal, con mansedumbre y fortaleza. Es decir, que apoyado en Dios manifiesta en su vida con coherencia lo que profesa de palabra, y con ello puede ser interrogante en medio de sus hermanos.

El Papa ha aludido reiteradamente a la necesidad de que los laicos pasen de ser “colaboradores de los sacerdotes” en la misión de la Iglesia, a ser corresponsables del ser y del actuar de la misma. En otras ocasiones ha hablado de la necesidad de un laicado maduro y comprometido que asuma con valentía sus responsabilidades en la Iglesia, siempre animado y fortalecido por sus pastores y reconociendo en la jerarquía el ordenamiento querido por Cristo para su Iglesia. Madurez es sinónimo de una responsabilidad capaz de asumir de forma personal las propias tareas y de responder por ellas en un trabajo colaborativo en unión con los pastores. Es verdad que, en última instancia, es ante Dios ante Quien hemos de responder de la misión encomendada, como ha recordado en su Encíclica sobre la esperanza<sup>49</sup>, pero sabiendo que esta viene mediada por sus pastores. En esta unión con el Papa, con los Obispos y de los Obispos con el Papa reconoce un fruto de la verdad de la Iglesia y de la eficacia de la misión, como ha recordado recientemente en Alemania<sup>50</sup>.

Este paso, aclara, exige un cambio de mentalidad, que supere tanto una visión tanto clericalista como secularizada de la Iglesia<sup>51</sup>. En el clericalismo, la labor “responsable” del laico se reduciría a imitar o a reemplazar al sacerdote en su ministerio sacramental o a ser su sombra, con lo cual el campo de acción

---

<sup>48</sup> “Mas la caridad de Dios [...] hace a los seculares capaces de expresar realmente en su vida el espíritu de las Bienaventuranzas. Siguiendo a Cristo pobre, ni se abaten por la escasez ni se ensoberbecen por la abundancia de los bienes temporales; imitando a Cristo humilde, no ambicionan la gloria vana (Cf. *Gál.*, 5,26) sino que procuran agradar a Dios antes que a los hombres, preparados siempre a dejarlo todo por Cristo (Cf. *Lc.*, 14,26), a padecer persecución por la justicia (Cf. *Mt.*, 5,10), recordando las palabras del Señor: “Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (*Mt.*, 16,24). Cultivando entre sí la amistad cristiana, se ayudan mutuamente en cualquier necesidad” (*Apostolicam Actuositatem*, 4).

<sup>49</sup> S.S. Benedicto XVI, *Spes Salvi* (2007), especialmente nn. 41-48.

<sup>50</sup> Homilía 25 de septiembre 2011, Friburgo. Esta doctrina está recogida en el Decreto sobre los laicos *Apostolicam Actuositatem*, capítulo V, sobre el orden que debe observarse en el apostolado de los laicos (nn 23 a 27).

<sup>51</sup> Cfr., J. Ratzinger, “Reflections on the Instruction regarding the collaboration of the lay faithful in the ministry of priests” (1997), “Balance del Sínodo sobre los laicos”, en *Ser cristiano en la era neo pagana*, op. cit, p. 166.

quedaría muy mermado. Por un lado dejaría fuera su labor específica de ser fermento en las realidades temporales pensando que es suficiente con "ir a Misa el domingo" o dar catequesis, labores, sin embargo, muy necesarias. Por otro lado, debido a la falta de conciencia de su identidad laical y quizás a una tendencia a nivelar tareas y ministerios –al estilo de una pseudo democracia en la Iglesia-, puede caer en el riesgo de apropiarse acciones que están de por sí reservadas al ministro ordenado y confundir la tarea con la gracia<sup>52</sup>.

La segunda concepción errónea es la secularizada que, al valorar por igual toda realidad humana, esté o no salvada por Cristo, debilita y relativiza la acción misionera en la Iglesia, y, por lo tanto, también la del laico. Con conocimiento de causa, pone también en guardia frente al peligro de identificar acción laical con ocupar cargos directivos o de importancia en la estructura eclesial. Así, aunque, "No faltan tareas para los laicos comprometidos, hoy tal vez falta a veces espíritu misionero, creatividad y valentía para recorrer también caminos nuevos"<sup>53</sup>. Peligro que acecha a todos, también a los apóstoles que discutían sobre quién era el más importante, y por eso más que competir por tales derechos de precedencia, "se debería competir en la Iglesia [...] por ser más santo"<sup>54</sup>.

### **Campos de acción**

A la hora de aclarar cómo ha de ser la acción misionera o qué ámbitos son más urgentes, lo hace con detalle. Aun valorando cómo "Muchos comprometen en esa actividad sus medios materiales, otros su tiempo; otros colaboran con su oración"<sup>55</sup> recuerda, en un Discurso a los Obispos portugueses, que:

"Verdaderamente, los tiempos en que vivimos exigen una nueva fuerza misionera en los cristianos, llamados a formar un laicado maduro, identificado con la Iglesia, solidario con la compleja transformación del mundo. Se necesitan auténticos testigos de Jesucristo, especialmente en aquellos ambientes humanos donde el silencio de la fe es más amplio y profundo: entre los políticos, intelectuales, profesionales de los medios de comunicación, que profesan y promueven una propuesta monocultural, desdeñando la dimensión religiosa y contemplativa de la vida. En dichos ámbitos, hay muchos creyentes que se avergüenzan y dan una mano al secularismo, que levanta barreras a la inspiración cristiana. Entre tanto, quienes defienden con valor en estos ambientes un vigoroso pensamiento católico, fiel al Magisterio, han de seguir recibiendo vuestro estímulo y vuestra palabra esclarecedora, para vivir la libertad cristiana como fieles laicos"<sup>56</sup>.

Detallemos algunos de los campos de acción propios del apostolado de los laicos. Uno, de especial urgencia es el compromiso social a favor de la vida humana desde su inicio hasta su muerte natural, tan atacada en tantas legislaciones y sociedades. Este campo exige cristianos valientes capaces de dar razón de la dignidad de cada persona -de ahí la importancia de una formación moral fundada en una antropología verdadera- y de vivir en coherencia con ella. Como lo fue santa Gianna Beretta Molla,

---

<sup>52</sup> Cfr. Especialmente S.S. Benedicto XVI, Discurso al Primer grupo de Obispos Alemanes en visita "ad limina", 10 noviembre 2006. "Precisamente porque el testimonio activo de los laicos es tan importante, es igualmente importante que no se confundan los rasgos específicos de las diversas misiones. La homilía durante la santa misa le compete al ministro ordenado. Cuando hay un número suficiente de sacerdotes y de diáconos, les corresponde a ellos la distribución de la sagrada Comunión... Dado que la Iglesia se funda en la voluntad de Cristo, la estructura sacramental jerárquica no puede ser alterada por los hombres. Solo el sacramento del Orden autoriza a hablar o obrar *in persona Christi*'.

<sup>53</sup> S.S. Benedicto XVI, Discurso al Segundo grupo de Obispos Alemanes en visita "ad limina", 18 noviembre 2006.

<sup>54</sup> Card. J. Ratzinger, Conferencia "La Eclesiología del Vaticano II", 2000.

<sup>55</sup> S.S. Benedicto XVI, Discurso al Tercer grupo de Obispos Polacos en visita "ad limina", 17 diciembre 2005.

<sup>56</sup> Discurso a los Obispos portugueses en Fátima, 13 mayo 2010.

médico católica que prefirió no someterse a una delicada operación que pondría en peligro la vida de la hija que llevaba en su seno, a pesar de que ella misma arriesgaba su vida.

Estrechamente ligado a este campo, señala la importancia del mundo de la política, al que, como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, dedicó en el 2002 un documento bajo forma de Nota doctrinal. Esta realidad está especialmente necesitada de personas que busquen el verdadero bien humano por encima de partidismos e ideologías de moda. Los principios de la doctrina social de la Iglesia son en este sentido criterio e inspiración válidos para leyes y programas sociales justos, pues se asientan en valores morales universales que superan las posturas relativistas hoy en día tan extendidas<sup>57</sup> así como el recurso al derecho natural que presentó a los parlamentarios alemanes hace unas semanas. La familia, la justicia social, el ordenamiento moral de los avances de la técnica, una sana distribución de las tareas entre los miembros y sociedades intermedias de la sociedad, un correcto ordenamiento económico al servicio de la persona y no del enriquecimiento de algunos, la promoción de una verdadera cultura humanizadora y de una correcta y completa ecología, son algunas tareas que exigen la intervención en política de católicos bien preparados, doctrinal y profesionalmente. De forma transversal y atravesando a todos los anteriores, destaca un campo de especial importancia que ha sido signo distintivo de los cristianos desde sus orígenes: el de la caridad.

“¡A los laicos les corresponde hacerse cargo del testimonio de la caridad, especialmente con los más pobres, los que sufren y los necesitados, así como asumir todo compromiso cristiano orientado a construir condiciones de una paz y justicia cada vez mayores en la convivencia humana, de forma que se abran nuevas fronteras al Evangelio!”<sup>58</sup>.

A este respecto, Benedicto XVI no duda en presentar ejemplos actuales, en primer lugar, de políticos católicos coherentes. Al amparo de su santo patrón Tomás Moro, se encuentran hombres como los padres de la Europa unida –el alemán Konrad Adenauer, el italiano, actualmente siervo de Dios, Alcide de Gasperi<sup>59</sup> y el franco alemán beato Robert Schuman–, el rey Balduino de Bélgica o el recientemente fallecido príncipe del Impero Austro Húngaro Otto de Habsburgo.

Me gustaría aludir también al mundo de la cultura, en el que el Papa ha destacado recientemente al arquitecto Antonio Gaudí, artífice de la impresionante Basílica barcelonesa de la Sagrada Familia, “obra de arte [...] signo visible del Dios invisible, a cuya gloria se alzan sus torres, saetas que apuntan a [...] la Belleza misma”. Como arquitecto, supo plasmar la tensión humana a la divinidad, con lo que “hizo algo que es una de las tareas más importantes hoy: superar la escisión entre conciencia humana y conciencia cristiana, entre existencia en este mundo temporal y apertura a una vida eterna, entre belleza de las cosas y Dios como Belleza. Esto lo realizó Antoni Gaudí no con palabras sino con piedras, trazos, planos y cumbres”<sup>60</sup>. En las obras de caridad quisiera destacar aquí a una mujer, la chilena Carmen Benavides,

---

<sup>57</sup> “Conciencia de su identidad cristiana y de los valores morales universales que se fundan en la naturaleza del hombre, a fin de que se comprometan, con una conciencia recta, a promoverlos en los ordenamientos civiles, con vistas a la edificación de una convivencia que respete al hombre en todas sus dimensiones” (Discurso al tercer grupo de Obispos polacos en visita “ad limina”, 17 diciembre 2005).

<sup>58</sup> S.S. Benedicto XVI, Discurso a la XXIII Asamblea Plenaria del consejo Pontificio para los Laicos, Vaticano, 15 noviembre, 2008.

<sup>59</sup> De él se pudo decir a su muerte: “Desaparece de la tierra un cristiano humilde y leal que dio a su fe testimonio entero en su vida privada y en la pública” (Consultado el 21 de septiembre de 2011 en <http://infocatolica.com/blog/historiaiglesia.php/0908170534-los-origenes-de-la-actual-uni> ).

<sup>60</sup> S.S. Benedicto XVI, Homilía en la dedicación de la Basílica de la Sagrada Familia, Barcelona, 7 noviembre 2010. “En este recinto, Gaudí quiso unir la inspiración que le llegaba de los tres grandes libros en los que se alimentaba como hombre, como creyente y como arquitecto: el libro de la naturaleza, el libro de la Sagrada Escritura y el libro de la Liturgia. Así unió la realidad del mundo y la historia de la salvación, tal como nos es narrada en la Biblia y actualizada en la Liturgia. Introdujo piedras, árboles y vida humana dentro del templo, para que toda la creación convergiera en la alabanza divina, pero al mismo tiempo sacó los retablos afuera, para poner ante los hombres el misterio de Dios revelado en el

también llamada "Beatita Benavides". Su vida laical discurrió en el Quillota del siglo XIX, entre innumerables obras de caridad, por lo que hoy, abierto su proceso de canonización, aun sigue siendo recordada.

Un campo de rabiosa y constante actualidad es el de la educación, a todos los niveles. Quisiera centrarme en uno de ellos, haciéndome eco de la llamada que dirigió a los profesores universitarios católicos reunidos en el monasterio de El Escorial, España. Allí nos pidió formar parte de esa "cadena de hombres y mujeres que se han entregado a proponer y acreditar la fe ante la inteligencia de los hombres. Y el modo de hacerlo no solo es enseñarlo, sino vivirlo, encarnarlo"<sup>61</sup> y ser así testigos creíbles. Llamó a los Profesores a preservar la genuina idea de Universidad, "casa donde se busca la verdad propia de la persona humana" sirviéndonos de la razón y la de la fe, que unen conocimiento y amor, desde la humildad del que sabe que la verdad es siempre mayor que cualquier conocimiento que se pueda poseer.

Por lo sencillo y creíble del testimonio, quisiera presentar el de un empresario español a la hora de vivir su profesión antes y después de entender las exigencias de su vocación bautismal: "Al principio de mi carrera profesional, cuando un obrero entraba en mi despacho, no veía nada más que un obrero, y le trataba como tal. Luego, cuando tuve responsabilidades familiares, vi en él algo más, y me dije: También él tiene mujer e hijos, y angustias mayores que las mías. Cuando por los Ejercicios Espirituales fui conociendo a Cristo, amándole y tratado de imitarle, vi en aquel hombre al bautizado, al hombre de Dios, poseído de inmensa dignidad. Entonces, mi conducta para él adquirió inmediatamente un nivel trascendente"<sup>62</sup>.

Una última palabra, antes de terminar, alusiva a la misión que ha desempeñado y está llamada a seguir desempeñando la mujer en la Iglesia. De hecho, Benedicto XVI ha propuesto el ejemplo de varias mujeres santas y su aportación a la renovación de la Iglesia en una serie de audiencias, a lo largo del 2010 e inicios del 2011. Reconoce que "en la gran tradición cristiana se reconoce a la mujer una dignidad propia, y —siguiendo el ejemplo de María, Reina de los Apóstoles— un lugar propio en la Iglesia, que, sin coincidir con el sacerdocio ordenado, es igualmente importante para el crecimiento espiritual de la comunidad"<sup>63</sup>. Pero su papel no queda reducido al pasado, pues "También hoy la Iglesia recibe un gran beneficio del ejercicio de la maternidad espiritual de numerosas mujeres, consagradas y laicas, que alimentan en las almas el pensamiento de Dios, fortalecen la fe de la gente y orientan la vida cristiana hacia cumbres cada vez más elevadas"<sup>64</sup>. Por eso, en su reciente libro *Luz del mundo*, afirma que "hay tantas y tan significativas funciones de la mujer en la Iglesia, que no se puede hablar de discriminación. Así sería si es que el sacerdocio fuera un tipo de señorío o poder, cuando en realidad debe ser un servicio. Si miramos la historia de la Iglesia, el significado de la mujer -María, Mónica y hasta la M. Teresa- es tan eminente, que la mujer en muchos aspectos marca la imagen de la Iglesia más que el hombre"<sup>65</sup>.

Todos estos modelos ponen de manifiesto que, junto a una esmerada preparación profesional y doctrinal adornada con una honradez insobornable<sup>66</sup>, la misión del laico debe caracterizarse por un testimonio de calidad, "camino privilegiado de la misión eclesial". Una vida arrastra más que mil palabras y el testimonio

---

nacimiento, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. De este modo, colaboró genialmente a la edificación de la conciencia humana anclada en el mundo, abierta a Dios, iluminada y santificada por Cristo".

<sup>61</sup> Discurso a profesores universitarios jóvenes, El Escorial, 19 agosto 2011.

<sup>62</sup> P. Tomás Morales, *Hora de los laicos*, Madrid, Encuentro, 2003 2a, p. 348.

<sup>63</sup> Audiencia General, 27 octubre 2010.

<sup>64</sup> Audiencia General, 24 noviembre 2010.

<sup>65</sup> Joseph Ratzinger – Benedikt XVI., *Licht der Welt, Der Papst, die Kirche und die Zeichen der Zeit* (ein Gespräch mit Peter Seewald), Herder, Freiburg im Breisgau, 2010 3a, p. 179. (T.P.)

<sup>66</sup> El Vaticano II invita a tener "gran aprecio de la pericia profesional y de las virtudes exigidas por las costumbres sociales: honradez, espíritu de justicia, sinceridad, delicadeza, fortaleza de alma, sin las que no puede darse la verdadera vida cristiana" (*Apostolicam actuositatem*, n.4)

de una vida alegre y coherente es uno de los mejores reclamos de felicidad y autenticidad, para no creyentes o para creyentes descreídos. "En efecto, la acogida de la propuesta cristiana pasa a través de relaciones de cercanía, lealtad y confianza"<sup>67</sup> que preparan al encuentro personal con Cristo, del que son un anticipo visible. "Lo que fascina es sobre todo el encuentro con personas creyentes que, por su fe, atraen hacia la gracia de Cristo, dando testimonio de Él"<sup>68</sup>. No hace falta tener dotes humanas especiales, basta recorrer a diario el camino de la santidad que nos asemeja progresivamente a Cristo, "el más bello de los hijos de los hombres" (Salmo 44). El mismo Ratzinger, en su Autobiografía, destaca la exquisita bondad irradiada por sus padres en sus últimos momentos de vida, como una prueba de la verdad de su fe: "[...] la luz de su bondad permaneció y para mí se convirtió cada vez más en una demostración concreta de la fe por la que se había dejado moldear. No sabría señalar una prueba de la verdad de la fe más convincente que la sincera y franca humanidad que ésta hizo madurar en mis padres y en otras muchas personas que he tenido ocasión de encontrar"<sup>69</sup>. Él mismo -cuando se le trata personalmente- desprende una bondad inteligente de una forma a la vez discreta pero poderosa.

Tanto a título personal como comunitario, el Papa pide "ser capaces de dar un testimonio de amor, de unidad y de alegría. Precisamente esta fuerza ha puesto en "movimiento" a tantas personas generación tras generación. ¿Acaso no ha sido la belleza que la fe ha engendrado en el rostro de los santos la que ha impulsado a tantos hombres y mujeres a seguir sus huellas?"<sup>70</sup>.

Con vistas a reforzar todo lo anterior encarece a los pastores de la Iglesia, por su parte, a formar a los laicos para que conozcan bien su fe, sepan dar razones y la puedan encarnar en la realidad práctica; inculcar en ellos un verdadero deseo de santidad del que brote el deseo y las obras concretas de misión; promover el sentido eclesial en las comunidades, especialmente en las nuevos movimientos o sociedades laicales, a la vez que les pide velar por los carismas que, inspirados por el Espíritu Santo, son una fuerza de regeneración y de crecimiento espiritual; apoyar e impulsar el testimonio valiente de los fieles, sobre todo en los ámbitos más difíciles -como es el de la cultura, los medios de comunicación social o la política, por enumerar algunos de los por él nombrados; y seguir con la labor que, desde hace dos mil años, lleva a cabo la Iglesia, de impulsar y multiplicar núcleos de fieles, desde la escucha de la Palabra de Dios para que, actuando como fermentos en sus comunidades cristianas y en la sociedad, sepan dar respuestas a los problemas actuales desde la fe.

El pasado domingo 16 de octubre, hace apenas unos días, en la Misa de clausura de un congreso celebrado en Roma sobre la Nueva Evangelización, convocaba el Papa un "Año santo de la fe" con motivo del cincuenta aniversario del Concilio Vaticano II, y llamaba a vivirlo "en perspectiva no tanto celebrativa, sino más bien misionera, en la perspectiva, justamente, de la misión *ad gentes* y de la nueva evangelización". En sus últimas palabras impulsaba a todos los cristianos a ser esos "misioneros de hoy - sacerdotes, religiosos y laicos- comprometidos en anunciar a Cristo a quien no lo conoce, o a quien lo ha reducido a simple personaje histórico. Que la Virgen María ayude a cada cristiano a ser un válido testimonio del Evangelio"<sup>71</sup>.

## Conclusión

Terminemos aquí, entresacando algunas de las ideas más relevantes, diciendo que la misión del laico en el mundo como bautizado, se caracteriza por una cuádruple mirada:

1) una mirada de fe que descubre el valor y dignidad de cada en cada persona y su elevada finalidad, que le mueve a anunciarle el verdadero fin de su vida, lleno de audacia y de respeto,

---

<sup>67</sup> S.S. Benedicto XVI, Discurso a la 61 Asamblea de la Conferencia Episcopal Italiana, 27 marzo 2010.

<sup>68</sup> Discurso a los Obispos portugueses en Fátima, 13 mayo 2010.

<sup>69</sup> J. Ratzinger, *Mi vida (Recuerdos 1927-1977)*, Encuentro, Madrid, 2005 4ª, p. 129.

<sup>70</sup> S.S. Benedicto XVI, Mensaje al II Congreso Mundial de Movimientos Eclesiales y nuevas comunidades, 22 mayo 2006.

<sup>71</sup> S.S. Benedicto XVI, Angelus 16 octubre 2011.

- 2) una mirada que juzga la realidad según la verdad, por lo que, al distinguir entre medios y fines, es capaz de ordenar los medios al fin y no al revés, por lo que el trabajo y toda acción temporal estén ordenados a la gran realidad: Dios y la santidad,
- 3) una mirada puesta en la vida eterna, que, sin embargo, no “debilita su compromiso temporal, sino que le confiere su verdadero peso e importancia”<sup>72</sup>, y le hace vivir la fe de forma coherente,
- 4) y una mirada, por último, llena de alegría, la de saberse amado y salvado, lo que le hace vivir su misión con responsabilidad y las exigencias morales desde esa certeza y vivencia del amor.

---

<sup>72</sup> J. Ratzinger, “Evangelizar y simplificar”, en *Ser cristiano en la era neo pagana*, *op. cit.*, p. 189.